

ALBUM DE SEÑORITAS

Y CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.



INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Mujeres célebres de la antigüedad.

Fieles á nuestro propósito, proseguimos la grata tarea de reseñar las mujeres mas notables que nos ofrece en todo la historia de los antiguos pueblos.

Muy celebrada por los poetas la reina *Berenice*, preciosos monumentos han transmitido su nombre, rodeado de gloria esplendente. Si aquellos han podido exagerar sus alabanzas, éstos son imparciales y elocuentes testigos de su génio. Y no se distinguió únicamente en su proteccion á las bellas artes; los juegos olímpicos de la Grecia la coronaron varias veces vencedora, y la mitología y astronomía han perpetuado su cariño conyugal.

Berenice tenia la mas hermosa cabellera que se conocia entre las mujeres de Egipto, y amaba tanto á su esposo, que cuando hizo una expedicion á Siria, se la ofreció á los dioses si volvía triunfante.

Volvió en efecto victorioso, y Berenice, cortándose el pelo, le depositó en el altar de Venus. Poco tiempo despues desapareció esta ofrenda, é irritado el rey Ptolomeo Evergetes contra los sacerdotes á quienes estaba confiada la custodia del templo, queria hacerles morir. Entonces Conon, hábil astrónomo, se le presentó y le dijo: «Señor, levanta los ojos al cielo y mira las siete estrellas cercanas á la cola del dragon: ellas forman la cabellera de Berenice, que los dioses han arrebatado del templo para colocarla allí como una constelacion favorable.» Fingió el rey creer esta ingeniosa adulacion, depuso su enojo, y mandó que se adorase la nueva constelacion, conocida desde entonces con el nombre de *la cabellera de Berenice*.

Treinta años antes de Jesucristo pasó á la posteridad una mujer extraordinaria, la artificiosa *Cleopatra*, llamada por Horacio *fatal prodigio*. Dicho se está con esta calificacion, que no presentamos por modelo de virtud á esta mujer extraordinaria, pero la presentamos por modelo de grandeza y de talento. En medio de sus estravíos, la historia hace justicia á las altas cualidades de la reina mas cé-

lebre de Egipto. Grande, hasta en sus faltas, la mujer que cultivaba las letras y protegía las ciencias en medio de sus placeres y en el estruendo de los combates, que reedificó la famosa biblioteca de Alejandría, que hablaba fácilmente siete idiomas, y que desarmó con sus atractivos á Julio César y Antonio, haciéndoles sus esclavos, bien merece la demos un lugar en esta ligera revista de las mujeres mas notables. Han pasado diez y nueve siglos, y admira todavía el mundo el esplendor y fausto de Cleopatra.

Hija de Ptolomeo XI, conocido por *Gulates*, rey de Egipto, subió al trono con su hermano, á los diez y siete años. Esta comunión en el sόlio fué causa de guerras memorables por la ambición del ayo del hermano de Cleopatra, que disputó á ésta su parte de autoridad. Julio César, en calidad de árbitro, y á nombre de Roma, tutora en aquel tiempo del Egipto, citó ante sí á los dos hermanos, previniéndoles nombrasen abogados que alegasen su derecho. Cleopatra se fió, mas que en la elocuencia de su defensor, en sus atractivos y talento, y tomó una resolución atrevida. Dejó su ejército, y llegando en un esquife al pié del castillo de Alejandría, donde se hallase César, hizo que la envolviesen en un lio de telas, que logró introducir en el aposento de del héroe de Farsalia. Cleopatra, sin tener aquella belleza extraordinaria y sorprendente que ha hecho por sí sola la celebridad de otras mujeres, poseía tantas gracias, tanto ingenio y encantos, que si hemos de creer á Plutarco y á otros escritores respetables de la antigüedad, era muy difícil, sino imposible, resistir al imperio de sus hechizos. El vencedor de Pompeyo no supo libertarse

de los artificios de aquella mujer admirable; y el mismo que, momentos antes pensaba tal vez hacer del Egipto un pro-consulado mas del Imperio romano, el que podia considerarse ya como dueño de la mayor parte del mundo, se hizo en breves horas esclavo de su cautiva. En vano intentó la paz, dominado como estaba el hermano y esposo, segun costumbre del pais, por su preceptor y ayo citado. Entonces se incendió la famosa biblioteca de Alejandría, á cuyo rico depósito del saber se comunicó el fuego de la escuadra Egipcia; entonces dió César un gran ejemplo de su valor y de su amor á la historia. En el combate naval de Faros, destrozado su bajel, arrojóse armado al agua, y armado salió á la ribera. «Jamás, dice un historiador moderno, se halló en mayor peligro ni tuvo mayor serenidad de ánimo, porque al mismo tiempo que luchaba con una mano contra el agua, llevaba en la otra levantado en el aire el borrador de sus *Comentarios*.» Desplegando César sus grandes talentos militares, venció, y olvidando sus glorias, entregóse á los placeres y fiestas con que le retuvo la voluptuosa Cleopatra. Vencedor despues del rey de Ponto, asoció en Roma á Cleopatra al culto de la divinidad, haciendo colocar su estatua al lado de la de Venus. Muerto por el puñal asesino Julio César, Casio, favorecido por Cleopatra, fué vencido por Marco Antonio, decidiéndose la suerte de la república. Citada por éste la reina para que se justificase, es muy curioso el medio que adoptó de sincerarse para que no le demos á conocer á nuestras lectoras.

Embarcóse con numerosa y brillante comitiva, y partió, no á presentarse como reya, sino á vencer á Antonio. La popa de

su galera deslumbraba con el oro: eran de púrpura las velas, y guarnecidos de plata los remos. Bajo un pabellon formado con telas y brocados de oro, Cleopatra, vestida como Venus, estaba rodeada de las mujeres mas hermosas de su corte con el traje de las Gracias y las Ninfas. El aire resonaba con melodiosos acentos, á cuya cadencia vogaban los remeros: el viento llevaba á larga distancia el suave olor de preciosos aromas. Todos los habitantes de Tarso acudieron á ver este magnífico espectáculo, y adoraron á Cleopatra como á una deidad, quedándose solo Antonio. Invitóla á un banquete; contestóle que él debía visitarla; fué, y perdió su voluntad. La reina desplegaba en sus banquetes la mayor suntuosidad, y regalaba á los oficiales romanos los vasos de oro y de plata que adornaban las mesas. En vano pretendió rivalizar Antonio: Cleopatra se dejó decir que gastaria dos millones en un festin, y como el triunviro lo dudase, hizo disolver en vinagre una perla, valuada en un millon, y la bebió, impidiendo Antonio repitiese la operacion con otra igual, de peso de ochenta quilates, enviada despues al Capitolio para el adorno de Venus. Marco Antonio, olvidó al lado de la reina sus deberes, y la sacrificó su gloria y los intereses del Imperio. Nunca el Egipto fué tan poderoso y opulento, merced á Antonio. Centro entonces de las riquezas del Asia y del Africa, y capital del Oriente Alejandria, todos los reyes y príncipes se prosternaban ante el esplendente trono de su reina, y la ofrecian tributos en cambio de las órdenes que se dignaba darles. Antonio era su primer esclavo: fascinado mas y mas cada vez por aquella mujer, olvidó á Roma, y ofreció á su amante el imperio

del mundo. Octavio partió de la *Ciudad* á hacer entrar en razon á Antonio, y se trabó una lucha formidable, en que tomaron parte por uno ú otro todos los pueblos conocidos. La memorable batalla de Accio, que dió Antonio por complacer á Cleopatra, que tomó parte en ella, decidió la suerte de entrambos, dándose ambos la muerte. «Mi fin es dichoso, pues que muero en tus brazos,» la dijo Antonio, á pesar de haberle abandonado. Despues de honrar con la grandeza con que todo lo hacia la memoria de Antonio, y de un festin espléndido con que obsequió á sus amigos, acostóse ricamente vestida y adornada, y haciéndose morder de un aspid, cuando fué Octavio á que sirviese de ornamento á su triunfo, se halló con un cadáver.

Una reina tan altiva no podia ser esclava de la altiva Roma.

A. Pirala.

LITERATURA.

Que no hay dolor que iguale al dolor mio.

Los que sintais el corazon herido
Latir convulso en el llagado pecho,
Sin haber una tregua conseguido
A su amarga ansiedad y á su despecho,
Y la suerte fatal que os ha cabido
De poder lamentar tengais derecho,
Acercáos á mí, que yo confio
Direis, *qué no hay dolor que iguale al mio!*

Acercáos á mí los que cantando
Lloráis de la amistad las decepciones,
La hiel de vuestras penas exhalando
En esas que entonais tiernas canciones:
Tregua al quebranto dad, que lacerando
Vá vuestros juveniles corazones;

Y vereis que es un ciego desvario
Pensar que *haya dolor que iguale al mio!*

Los que gimais de Marte los rigores,
Y los que lamenteis pobre fortuna:
Los que lejos peneis de los amores,
Sin hallar en la ausencia dicha alguna:
Los que palidecer visteis las flores
De vuestras esperanzas una á una;
Llegad, repetireis con eco pio,
Qué no hay dolor que iguale al dolor mio!

Escuchad mi cancion, y os diré en ella
Por qué nadie cual yo sufre en el mundo,
Por qué no hay una mas aciaga estrella,
Ni destino en pesares mas fecundo,
Por qué no se alza mas triste querella
De este valle de lágrimas profundo,
Ni hay pecho de ilusiones mas vacio,
Ni dolor que se iguale al dolor mio!

Oíd! de mi familia la postrera
A la vida nací (Martes fué el dia.)
El sol, á la mitad de su carrera,
Mas radiante que nunca aparecia:
Mi padre, que un anciano sábio era,
Cuando mi advenimiento bendecia,
Dijo: « Serás feliz tierna criatura,
Un cielo bonancible me lo augura.»

Triste padre!... la vista de tus ojos,
Por los años setenta consumida,
No pudo distinguir cuantos enojos.
Nacieron ¡ay! con mi doliente vida:
Trémula ya tu mano, los abrojos
No me pudo apartar de la temida
Senda del mundo, que sin tí he cruzado,
Y que mi débil planta han desgarrado.

Triste padre!... no viste que dotada
De un pecho el más sensible y confiado
Vine, para el dolor predestinada,
Este mundo á habitar que tú has dejado!
Hora estoy de sufrir tan fatigada,
Y tengo el corazon tan lastimado,

Que solo repetir puedo con brio:
No hay dolor que se iguale al dolor mio!

Ultima flor de un árbol ya marchito,
No prestándome abrigo su ramaje,
Del huracan el hálito maldito
Mil veces desgarró mi áureo ropaje;
Cual si fuera la dicha en mi delito,
Y un insulto á otras flores mi follaje,
El pesar, oprimiéndome en sus brazos,
Se encargó de arrancármele á pedazos.

Oh! cuánto padecí! mis dichas fueron
Por lo breves, fugaces ilusiones,
Y cual ténue vapor se deshicieron
Al soplo del dolor sus pabellones:
Cuántos séres amaba y me quisieron,
No encontrándose bien en las regiones
De este mundo infeliz, me abandonaron,
Cuando un mundo mejor se conquistaron.

Víme herida, y lloré; pero mi pena
Una voz la mas tierna consolaba
Porque siempre de unción y de amor llena,
Bálsamo de mis males los curaba:
Esta voz que tan dulce y tan serena,
Cuando miles congojas devoraba,
Resonó en mis oídos, era... ay!... era
De la mas fiel y santa compañera.

Era la de una madre idolatrada,
Por quien mi corazon solo latia,
De una madre á mi alma tan ligada,
Que al fuege de su amor mi pecho ardía:
Mi madre que, al fijarme su mirada,
El llanto de mis ojos contenia;
Consiguiendo su mágica influencia
Ser mas que la mitad de mi existencia.

Y la perdí tambien... ¡Ay de mí, triste,
Que ni para llorar me queda aliento!
Ay de mi corazon, que si ya existe,
Es por las fuerzas que le dá el tormento!
Madre mia adorada! cuando viste
Que tu muerte mataba mi contento,

Por qué no permitiste que contigo
Este mundo dejase que maldigo?

Sin tí no sé vivir; sin tí no acierto
Donde posar mi dolorida planta:
Mis ojos de tinieblas se han cubierto,
Y está ronca la voz de mi garganta.
La idea de cruzar este desierto
Sin apoyarme en tí, madre, me espanta;
Y ay! clama sin cesar el alma mia,
No descubriendo el fin de su agonía!

Y no le encontrará, porque tú dabas
Aliento á mi esperanza amortecida;
Porque tú mis lamentos escuchabas
Sin cansarte jamás, madre querida!
Porque tú solamente me quedabas
Después de tanta prenda ya perdida;
Y en tu seno dulcísimo y clemente
Siempre alivio encontró mi herida frente.

Hora ¿dó reposar? Mi amargo duelo,
Esta angustia cruel, mi acerbo llanto,
A dónde llevaré? Mi desconsuelo
Quién, ay! mitigará? quién mi quebranto?
A todo sér estraña en este suelo,
No abrigándome ya, madre tu manto,
El insecto mas vil de la campaña
Puede en mi corazon cegar su saña.

Ay! por eso les digo en mi querella,
Que nadie como yo sufre en el mundo,
Y que no hay otra mas aciaga estrella,
Ni destino en pesares mas fecundo:
De mi triste pisar abre la huella
Un abismo de penas tan profundo,
Que no clamo demás, ni desvario,
Al decir: *no hay dolor que iguale al mio!*

Los que sintais el corazon herido
Latir convulso en el llagado pecho,
Sin haber una tregua conseguido

A su amarga ansiedad y á su despecho,
Y la suerte fatal que os ha cabido
De poder lamentar tengais derecho,
Contempladme, y direis con eco pío,
Que no hay dolor que iguale al dolor mio!

VICENTA GARCÍA MIRANDA.

Junio de 1852.

MARIETTA TINTORELLA.

Escrita en francés

POR M^{de}. EUGENIA POA, Y TRADUCIDA AL
CASTELLANO POR ROBUSTIANA ARMIÑO GOMEZ.

(Continuacion.)

II.

El secreto de una jóven.

Era esta una jóven de una hermosura sorprendente. Su talle esbelto y delicado, tenia la flexibilidad y el movimiento ondulado de la débil caña; sus hermosos cabellos negros, sujetos con agujas de oro, dejaban descubierta una frente de una pureza angélica; mas todas estas facciones tan perfectas, estaban desnudas de esa frescura aterciopelada que pertenece á la infancia; una palidez melancólica, daba á su rostro de niña las apariencias del sufrimiento; sus bellos ojos azules, tristes y humedecidos, llevaban el sello del pesar; ese cuerpo tan jóven, se inclinaba hácia la tierra, y fatigado ya, parecia pedir á nuestra madre comun el descanso, que solo concede ordinariamente á los ancianos. Apenas distinguió á la señora Robusti y al Tintoreto, un ligero encarnado coloreó un momento su tez, pálida como la muerte.

—Y qué! exclamó con un tono de voz tan dulce y tan lento, que parecia una armonía celeste; y qué! ¿está ya la cena dispuesta, y aun estais en conversacion? Abuela mia,

no teneis hambre? os ha quitado el trabajo la gana de comer, padre mio?

—Te aguardábamos, Marietta, le dijo su padre, te aguardábamos; de dónde vienes?

—Del palacio Grimani, padre mio, respondió la jóven con sencillez.

—Marietta! Marietta! replicó Jacobo, tomando el camino del comedor; tú eres ya grande; las jóvenes mas bellas de Venecia te llaman la mas hermosa; tú estarás muy pronto en la edad de casarte, y la condesa de Grimani tiene un hijo de veinte años!

—Y bien; ¿qué mal hay en eso? preguntó la señora Robusti, sentándose á la mesa; si el conde Grimani aprecia las cualidades de nuestra niña, pues que Marietta está ya en edad de casarse, puede casarse con ella.

—Ciertamente, respondió el Tintoreto, descubriendo la sopera y empezando á servir el potaje; yo no soy de esos padres que contrarian la inclinacion de sus hijos; mi hija puede casarse con un hombre del pueblo, ó con un príncipe, si quiere; mas yo preferiría que se casase con un hombre del pueblo.

—Y yo preferiría el príncipe, dijo la vieja.

—Un hombre del pueblo, que no se avergonzaria de llamarme padre; que no os despreciaria, madre mia, dijo el artista.

—¿Un conde, que diese á mi nietecita el nombre de condesa! replicó la tintorera con orgullo.

—Un hombre del pueblo, que hiciese dichosa á mi hija.

—Un conde podria igualmente hacerla dichosa.

—Nadie debe salir de su estado, madre mia.

—A nadie está prohibida la elevacion, Jacobo.

—Nadie debe elevarse, sino por el talento.

—¿Pues qué, el talento eleva, Jacobo?

—Oh, madre mia! dijo Marietta, que habia guardado hasta entonces un modesto silencio, ¿podeis decir vos, vos, la madre del Tintoreto, que el talento no eleva?

—Es noble tu padre, gran nécia? dijo encolerizada la señora Robusti; ¿tiene títulos?... responde...

—No tiene la nobleza de los títulos, pero tiene la nobleza del talento y del génio, mi querida mamá, replicó la jóven, cuyo bello rostro se entusiasmaba mirando á su padre; Venecia se orgullece con mi padre, le cita entre los ciudadanos mas célebres, y decid, decid, madre mia, ¿qué título de marqués ó de conde podeis poner en parangon con el de Tintoreto?

El Tintoreto habia dejado de comer para contemplar á su noble hija.

—Tá... tá... tá... dijo, la vieja veneciana meneando la cabeza, ¿qué es tu padre, Marietta? un tintorero, hija mia, como tu abuelo, mi pobre Robusti, ¿qué delante de Dios sea su alma! Mira, pequeña, por mucho que Jacobo hace cuadros de apoteosis, de Apóstoles, de Adán y Eva, seducidos por la serpiente, no sale de su estado, no sale de los colores, los mezcla ni mas ni menos que su padre; pero entendámonos, es un poco menos que mi pobre marido.

—No hablemos de pintura ni de colores, mi buena madre, se apresuró á decir Marietta, que habia sorprendido una nube sobre la frente de su padre.

—Tienes razon, Marietta, hablemos de tu hermano, dijo Jacobo; al salir de mi taller he entrado en el suyo y no estaba en él. Sabes dónde está?

—Marietta respondió con embarazo: no os inquieteis, padre mio, no reprendais á Dominiquino, habrá ido á pasearse... con algunos amigos.

—No es ninguna cosa mala, no es ningun-

na cosa mala, replicó Jacobo, no necesitas ponerte encarnada ni bajar los ojos por eso, hija mia, nada diré á Dominico... cuando se ha trabajado mucho es menester distraerse un poco.

—Pero... yo no estoy encarnada, dijo Marietta, cuya turbacion aumentaba por instantes.

—Encarnada! exclamó la buena abuela; mas bien estás pálida que encarnada.

—Es verdad, replicó el padre; ¿estás acaso enferma, querida mia? tienes pesares? Habla, tú eres una jóven modesta y prudente, esto basta para reconciliarme contigo.

—Pues qué me queriais mal? y por qué, padre mio? preguntó la jóven con inquietud.

—Sí, dijo Tintoreto, mirando fijamente á su hija; sí, te queria mal, porque hay misterios en tu conducta.

—Misterios! interrumpió la Sra. Robusti.

—No me interrumpais, madre mia, si no he hablado antes sobre este asunto ha sido por no afligiros; no llameis esto misterio, si os parece; pero en fin, la conducta de Marietta es inesplicable hace algun tiempo; ya no la veo nunca ir y venir alegremente; ya no la veo correr por el jardin al salir el alba cogiendo ramilletes de flores ó canastillos de frutas; ya no la oigo cantar ni tocar el laud... Si no estás enferma, Marietta, si no tienes pesares, por qué estás pálida? por qué te pones flaca de dia en dia? por qué en fin, has sufrido tal mudanza?

Un golpecito dado ligeramente en la puerta de la calle vino felizmente á cortar esta conversacion, y á salvar á Marietta del embarazo de responder. Se levantó corriendo y fué á abrir la puerta.

(Se continuará.)

VARIEDADES.

LAS FUENTES DE LA GRANJA.

Voy á hablaros, amables lectoras, de las Fuentes de la Granja, de esos preciosos monumentos artísticos, en que habreis fijado vuestros bellos ojos con la admiracion que producen las sublimes obras del génio.

A distancia de dos leguas de la ciudad de Segovia, y á la falda de los montes llamados Carpetanos, yace el Real Sitio de San Ildefonso, nombrado tambien La Granja, por haber sido posesion de recreo de los religiosos de San Gerónimo, que residian en el monasterio del Parral, inmediato á dicha ciudad de Segovia. Terminada la paz de Utrech, el rey Felipe V quiso traer á su imaginacion los recuerdos de su infancia; y al tratar de construir en este territorio un Alcázar con sus jardines que imitasen á los de Versailles, vió sobrepujada su idea por los artistas que desempeñaron el trabajo. Principióse en 1720, y en breve tiempo pudo contemplar realizados sus planes aquel monarca.

Todo agrada en San Ildefonso; pero cautivan sobremanera las veinte y seis fuentes artificiales, tituladas *La Fama*, *Los baños de Diana*, *El Canastillo*, *Latona ó ranas*, *Los Vientos*, *Neptuno ó los Caballos*, *Andromeda*, *La Selva ó Pomona*, *Las Tres Gracias*, *Anfitrite*, *El Abanico*, *Apolo*, *dos del Caracol*, *dos de la Taza*, *dos de los Dragones*, y las que forman *las ocho calles*. No pudiendo estender mi artículo, como descára, me limitaré á describiros algunas de las fuentes enunciadas.

La de *La Fama* es obra de D. Huberto

Demandre y D. Pedro Pitue. Representa la *Fama* montada sobre el caballo *Pegaso*, saludando al Sol, y sosteniendo con la mano derecha el clarín, y con la izquierda el surtidor de aguas que se eleva hasta la altura de 130 piés franceses. En el zócalo del peñasco que sostiene el grupo, hay cuatro surtidores que arrojan el agua á la elevacion del caballo.

La de los Baños de *Diana*, se principió por D. Santiago Boxeaux y bajo su plan la concluyeron los mencionados Demandre y Pitue. Representa á *Acteon* desnudo con la flauta travesera aplicada al lábio, y á *Diana* á pocos pasos recibiendo el baño, rodeada de ninfas. Multitud de figuras se ven esparcidas por la superficie del agua, todas con surtidores cruzados y en elevacion.

La de los Vientos, fué ejecutada por D. Renato Fermin. Representa á *Eolo* conteniendo los vientos que se esfuerzan por desencadenarse. A su lado tiene un delfín que despide un surtidor á la altura de cincuenta y siete piés. El juego de esta fuente consiste en un escarolado de agua con impetuosos choques que forman al juntarse una espesa niebla.

La de la Selva ó *Pomona*, fué construida por Tierri, á modo de cascada. Representa á *Vertumno* y *Pomona* en actitud contemplativa, y detrás á *Cupido* poseído de admiracion. De este grupo salen apiñados cuarenta y cuatro caños de agua con direccion recta. Otras muchas figuras realzan la belleza de esta fuente, distinguiéndose las que representan los rios *Duero* y *Adaja*.

Los deterioros ocasionados en estas fuentes á causa del no uso, han sido últimamente reparados por inteligentes artistas.

Enrique del Castillo y Alba.

MODAS.

En nuestros ardientes climas meridionales la Moda en el Estío no vive sino de noche. En estas noches apacibles en que las estrellas brillan en un cielo sereno, cuando los pálidos rayos de la luna alumbran suavemente los árboles y las flores del Retiro ó la Fuente Castellana, que dormitan á las dulces melodías del amante ruiñeñor, parejas dichosas discurren por las frescas arboledas, respirando el aire puro y aromático de aquellos deliciosos sitios, mientras una armonía lejana anuncia á los abonados á las sillas del Prado, que otra clase de la sociedad, si no tan elegante, acaso mas feliz, baila alegremente en los jardines próximos, sin cuidarse de las deidades de la Moda, que muellemente recostadas en sus magníficas carretelas, disfrutan el agradable ambiente de la tarde. Cada cual goza á su modo.

Hablemos, pues, lectoras amables, de la Moda noctámbula, que se levanta á las ocho de la noche, y que jamás presencié el primer albor del nuevo día. A la media luz de estas encantadoras noches, llenas de poética coquetería, sobre todo á la claridad del gas, no hay mujer que no parezca hermosa con un ligero traje de color de lila ó rosa.

Para los paseos nocturnos se requiere un traje vaporoso y poético, el blanco por ejemplo, en el que la tarlatana aparece como una ligera nube: los cuerpos de estos graciosos vestidos se llevan con aldetas, ó mas bien ligeramente fruncidos con cinturón de color; el plegado está mas en armonía que las aldetas con la muselina; los volantes terminan por un jareton de color; es decir, que se pasa por entre la jareta una cinta lila, rosa ó color de paja. Inútil es decir que las paseantes nocturnas necesitan preservarse de la humedad de la noche: una manteleta de tafetan es tan á propósito á estas horas, como sería fuera de su lugar en medio del día.

Para bailar á la luz de la luna conviene un traje un poco sentimental. Un vestido de seda es orgulloso: su crujir le anuncia vanidosamente de cien leguas, mientras que la gasa ó tul siguen sin ruido y con la mayor gracia, al compás de la música, las ondulaciones de la perfumada brisa de una noche de verano.

Aurora.